

## UNIVERSIDAD Y REFORMA

CON OCASIÓN de producirse en las esferas universitarias de nuestro país, y más precisamente en nuestra Universidad y aun en la misma Facultad de Filosofía y Educación el proceso de Reforma Universitaria, muchos sectores de la izquierda política, han incubado esperanzas e ilusiones en el sentido de identificar dicha reforma con cambios radicales de carácter revolucionario. Piensan así que la institución universitaria puede no solamente ser objeto de profundas transformaciones estructurales, sino que, además, tanto estudiantes como académicos podrían constituirse en germen y vanguardia al mismo tiempo, de mutaciones esenciales que tenderían a modificar de raíz las instituciones y estructuras de nuestro país.

Este anhelo es sólo posible si se piensa a la Universidad como una abstracción, independiente de su contexto y desvinculada del papel que ha jugado y juega dentro de una sociedad donde se enfrentan intereses de clases antagónicas.

Desde su fundación las universidades han sido, Bolonia y Padua entre ellas, el sitio donde se formaba la clase dirigente, la élite de intelectuales especializados que esta misma clase prepara para administrar técnicamente el aparato del Estado con todo lo que él implica e inerva en cuanto a ideología e intereses tanto privados como públicos.

Esto, sin embargo, no ha significado de ninguna manera que los núcleos universitarios se hayan transformado en centros de adhesión mecánica a los grupos de poder, insensibilizándose al grado de no advertir las contradicciones sociales y políticas; por el contrario, las más de las veces, tanto académicos como estudiantes universitarios han representado las parte más progresiva de su clase dirigente y sus voces no pocas veces se han alzado con alertas y críticas contundentes; pero, de ninguna manera han sido los portavoces reales de las inquietudes de las grandes masas sometidas y expoliadas ni menos las ejecutores de su solución.

Nuestra propia Universidad de Chile nace de la conquista del poder político por una burguesía que requiere mayor ilustración y más tecnología para enfrentar las tareas que planteaba la emancipación del aparato de la corona hispana. A lo largo de sus

casi ciento treinta años, prepara cuadros políticos, desarrolla la *intelligentzia* y se sensibiliza a las nuevas corrientes. A fines del siglo XIX se torna laica y preocupada de la cuestión social y a través de los primeros decenios del siglo XX, ve desarrollarse en su seno fermentos avanzados de la bruguesía y pequeña burguesía chilenas.

Fuera de sus aulas los sucesos ocurren y crean la historia. Desde la matanza de mineros y sus familiares en la Escuela Santa María, las masacres de campesinos y obreros se suceden con regularidad hasta el presente. El sincero interés por la cuestión social se media-tiza institucionalmente, se vuelve libresco, discursivo, teórico o parlamentario. Se producen algunos cambios. Sectores nuevos, más amplios, de la élite que se preparan en las universidades, llegan a la administración del país, como sucede con las generaciones del 20 y del 38. Esta astucia de clase, de clase sensible y con tendencias modernas, se deja sentir en los propios fundamentos de la institución universitaria: allí se incuban técnicos y profesionales que, además de servirse a sí mismos, pasan a integrar el aparato del Estado o la estructura de los intereses privados, nacionales o foráneos. La industria, y más tarde la industria cultural, requiere de una tecnología más avanzada; el aparataje estatal se amplía y refina: la institución universitaria se pone al servicio de los nuevos requerimientos, refinándose, ampliándose, reformando las estructuras que inhiben su puesta al día.

La ampliación de la industria, el comercio, la tecnología y la administración, sumados al incremento demográfico dan la impresión de haber democratizado la universidad. Inclusive circula un slogan pretendidamente progresista: Universidad para todos. Cabe decir aquí que el todos se refiere fundamentalmente a aquellos que pidieron egresar del sexto año de Humanidades, vale decir, de aquellos que gozaron del privilegio de estudiar durante doce años y que aún poseen las condiciones económicas para prolongar por otros cinco la misma situación.

Lo dicho no pierde validez frente al hecho de producirse, en 1967, la Reforma Universitaria.

Las fuerzas políticas que intervienen en el proceso son aproximadamente las que se anotan:

1) Los partidos tradicionales de la izquierda chilena. P. C. y P. S. Estas fuerzas pretenden ampliar la base del poder, logrando algunas reformas que dan participación a sectores más amplios incluyendo a estudiantes y sectores no académicos. Todo esto dentro de una estrategia global para el país de reformas profundas pero no revolucionarias.

2) El PDC que, no obstante sus tensiones internas, intenta penetrar una institución donde no ha podido obtener los triunfos y la posibilidad de ingreso al poder como en otros sitios. Su contradicción con los partidos tradicionales de la izquierda se realiza, no en los fundamentos de la Reforma Universitaria sino en lo que ésta pudiera vulnerar los planes educacionales y los intereses del gobierno.

3) Los sectores tecnocráticos progresistas. La posición de ellos consiste, en lo esencial, en colocar a la Universidad a tono con las nuevas técnicas que serán necesarias para enfrentar la explosión científica, el desarrollo económico-tecnológico del país y el crecimiento que, aunque menguado, se desenvolverá en las próximas décadas.

4) Los grupos más jóvenes de la francmasonería. Estos intentan, conservando la posición laica y tolerante tradicional, mantener ciertos aspectos positivos logrados por sus correligionarios más viejos, defendiendo a la Universidad de las posibles embesitadas de la Iglesia Católica. Su actitud tiende más bien a conservar parte del poder exaltando sus principios más progresistas que a conquistar el mismo.

5) Los sectores de la nueva izquierda. Este conglomerado de grupos heterogéneos posee algunas bases ideológicas en común: piensan que la Reforma Universitaria es una parte importante del proceso político del país de manera tal que, toda agudización reformista, repercutirá en todo el ámbito nacional, despertando una conciencia crítica, factor importante para un cambio revolucionario. Su denominador común, además, es un marxismo de tal amplitud que en él caben las posiciones más heterodoxas.

Frente a ellos, la contrarreforma, la derecha política, los privilegiados que ven perderse sus prebendas y canonjías, y que muchas veces, por mantenerlas, no titubean en hacer profesión de fe reformista.

El enfrentamiento, coalición, pugna, o unidad de las fuerzas mencionadas, ha llevado a cabo un proceso a lo largo y a lo ancho de más de dos años, a través de los cuales han logrado aspectos importantes tales como la posibilidad de participación de la totalidad de los académicos, y la proporcional de estudiantes y no académicos en organismos colegiados; la modernización y racionalización de algunas estructuras; y el desmembramiento de ciertos feudos que anquilosaban el quehacer universitario. No obstante, hasta ahora, existen problemas que no han podido ser solucionados y que han defraudado las expectativas de aquellos que, sin pedir demasiado, esperaban, por lo menos, la culminación de un limitado proceso positivo, en relación, se comprende, con la situación anterior, estatuida por el Estatuto Universitario de 1931.

En el hecho, la Reforma ha sido un movimiento de dirigentes políticos o de grupos y no un proceso masivo que debería suponer la participación de toda la comunidad universitaria, y aun, de amplios sectores de la comunidad nacional. La integración de los estamentos se ha traducido muchas veces en un enfrentamiento insolidario de estos mismos. El aspecto presupuestario, de importancia vitalísima (redistribución, racionalización y término de la discriminación entre facultades o departamentos ricos y pobres; el incremento del aporte fiscal, etc.) no ha logrado ni siquiera en forma mínima, soluciones que satisfagan. Una reforma sin mayor presupuesto tiene como destino quedarse en el papel y en la mera teoría.

Todo esto ha repercutido produciendo una vez más la sensación de fracaso y desinterés en un colectivo humano que ve frustrarse las reducidas metas que se había propuesto conseguir. Algunos partidos políticos y otras fuerzas que sólo aspiraban a transformarse en grupos de poder, han logrado parte de sus objetivos. La apatía de grandes zonas de la población universitaria ha avallado esta circunstancia.

Un nuevo repunte reformista, masificado, no es imposible.

Está en manos de todos los universitarios el poder revitalizar el proceso y llevarlo hasta su fin. La etapa de vigencia de la Universidad todavía permanecerá por mucho tiempo. Sus tareas a cumplir son, más que importantes, necesarias.

Sin embargo, la universidad, tal como se la ha concebido y aún se la concibe; tal como se ha dado y se sigue dando históricamente, deberá desaparecer algún día.

Si se piensa llevar de la teoría a la práctica la eliminación del antagonismo de clases sociales y la extinción del Estado como expresión de este conflicto. Si además se persigue el logro concreto de la superación de las contradicciones entre trabajador manual e intelectual. Si esa sociedad es realmente posible, en ella la institución universitaria no tendrá cabida. Allí florecerá otro tipo de institutos de especialización científica, libres agrupaciones de artistas y creadores. La Universidad, organismo clasista, se cubrirá de polvo en el desván de las instituciones obsoletas.